

GRAN
ENCICLOPEDIA
DE
COLOMBIA

CIRCULO DE LECTORES

GRAN ENCICLOPEDIA DE COLOMBIA

TEMATICA

6
Arte

Director Académico
Darío Jaramillo Agudelo

CIRCULO DE LECTORES

Contenido

Arte precolombino - Estética <i>Ronald J. Duncan</i>	15
Arte precolombino - Culturas <i>Carl Henrik Langebaek</i>	27
Arte precolombino - Estilos <i>Gloria Martínez Castillo</i>	43
Colombia indígena, hoy <i>Myriam Jimeno Santoyo</i>	69
El arte neogranadino del período colonial <i>Marta Fajardo de Rueda</i>	75
Las artes plásticas en el siglo XIX <i>Beatriz González</i>	91
Las artes plásticas en el siglo XX: los ojos se despiertan <i>Ana María Escallón</i>	119
Arte étnico <i>Nina S. de Friedemann</i>	145
Las artesanías en Colombia <i>María Alexandra Méndez Valencia</i>	155
La arquitectura prehispánica <i>Roberto Lleras Pérez</i> <i>Eduardo Londoño L.</i>	167
La arquitectura colombiana <i>Luis Fernando Molina</i>	177
Música: la tradición indígena y el aporte colonial <i>Egberto Bermúdez</i>	205
La cultura musical en Colombia, siglos XIX y XX <i>Ellie Anne Duque</i>	217
Fotografía: el rostro de Colombia <i>Juan Luis Mejía Arango</i>	235

Cine colombiano: mudo y parlante <i>Luis Alberto Alvarez</i>	249
Mitos populares de Colombia <i>Javier Ocampo López</i>	269
Gastronomía colombiana <i>Julián Estrada Ochoa</i>	293
El arte en los museos: guía e historia <i>María Clara Martínez Rivera</i>	301

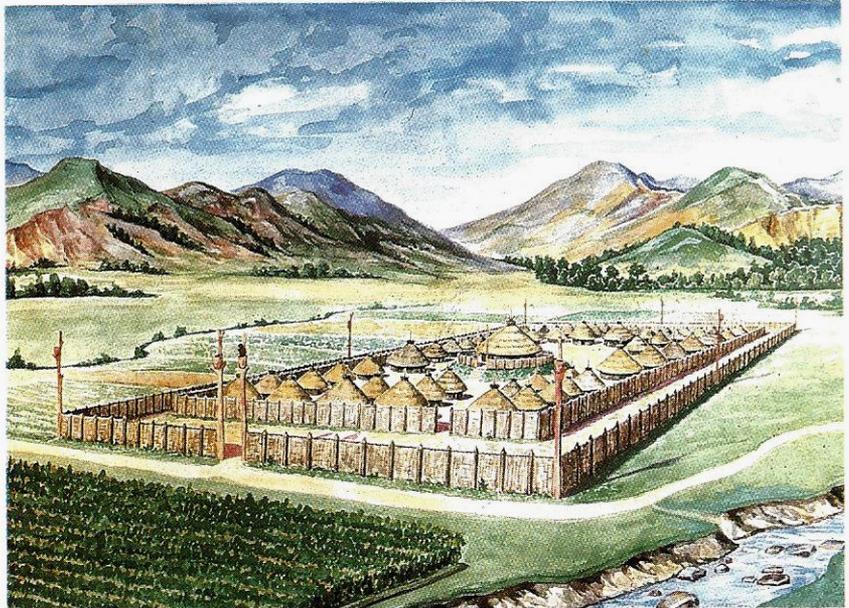
La arquitectura prehispánica

Roberto Lleras Pérez
Eduardo Londoño L.

El estudio de la arquitectura prehispánica en Colombia está notablemente limitado por la escasez de datos, a causa de la utilización de materiales perecederos y de la ausencia de testimonios gráficos o escritos para la mayor parte del período. La arqueología se apoya entonces en la información etnográfica correspondiente a comunidades indígenas actuales, en las cuales sobreviven, sin mayores modificaciones, los patrones culturales que determinan los modelos arquitectónicos. Mediante el uso de esta información, de los resultados de las excavaciones arqueológicas y del examen de materiales culturales diversos es posible reconstruir gran parte de los aspectos fundamentales de la vivienda; otros, sin embargo, escapan a nuestro conocimiento y pueden solamente ser inferidos como probabilidades.

En la actualidad estamos acostumbrados a prescindir del examen de ciertos aspectos cuando se estudia la arquitectura, ya que se ha implantado cierta homogeneidad cultural, que sienta normas universales. Si se trata de arquitectura residencial, damos por descontado que la unidad doméstica está compuesta por una familia nuclear (padre, madre e hijos), y si se trata de arquitectura funeraria, con seguridad pensamos en un entierro individual. Pero cuando se vuelve la vista hacia las sociedades indígenas, prehispánicas y actuales, tales supuestos no pueden tenerse por universales. Por eso es necesario examinar lo arquitectónico no sólo desde el punto de vista puramente formal, sino tomando en cuenta todos los aspectos socioculturales particulares.

En las últimas décadas, la arqueología ha dirigido su mirada hacia los patrones de asentamiento, esto es, el modo como un grupo humano escoge ocupar su territorio, en función tanto de los recursos disponibles como de sus particularidades sociales y culturales. Así, para el estudio de la arquitectura prehispánica, consideraremos los ambientes geográficos en los cuales se establecen los asentamientos, el carácter estable o transitorio de las construcciones, los materiales utilizados, los patrones mitológicos y rituales que determinan la construcción y



Cercado Chibcha. Acuarela de E. Menghius con documentación de Eliécer Silva Celis. Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá.

distribución del espacio y los demás factores demográficos, militares y económicos que configuran el resultado arquitectónico final.

AMBIENTE GEOGRÁFICO

Al revisar las formas de asentamiento escogidas por el hombre en el territorio colombiano desde los tiempos más remotos, se hace evidente que dos tipos de variaciones fundamentales del medio geográfico han influido notablemente en la disposición, localización y tamaño de los poblados: por un lado, las diferencias altitudinales, de relieve, pluviosidad y formación vegetal, tal como se presentan hoy en día, y por el otro, los marcados cambios climáticos ocurridos a finales del período geológico conocido como Pleistoceno, hace cerca de diez mil años.

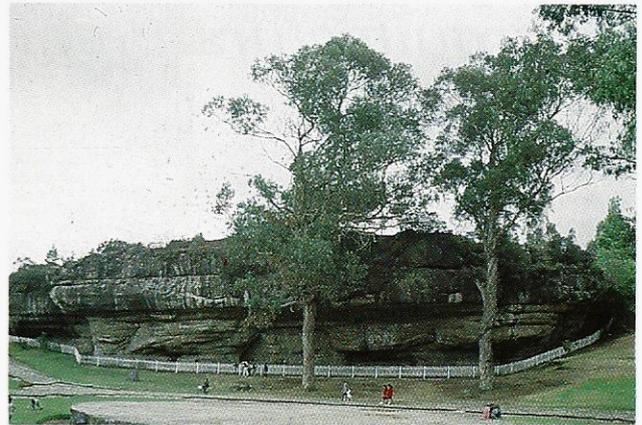
Aunque se ha comprobado la presencia del hombre en Suramérica desde hace más de treinta mil años (sitios de Monte Verde en el sur de Chile y Pedra Fourada en Brasil), los

yacimientos arqueológicos más antiguos excavados hasta ahora en Colombia sólo datan de hace, aproximadamente, trece mil años. Esta época corresponde al último estadio de la cuarta gran glaciación, que se caracterizó por temperaturas bajas (10 a 12 grados por debajo del promedio actual), una pluviosidad muy escasa, el desplazamiento de los cinturones de vegetación y un descenso del nivel medio del mar y los reservorios naturales de agua dulce. Entonces, la economía se basaba en la recolección de frutos y raíces silvestres y en la cacería, mientras que la organización social correspondía a bandas de entre 15 y 40 individuos emparentados, que formaban varias familias nucleares.

La necesidad de desplazarse estacionalmente con el fin de hacer un uso óptimo de los recursos naturales (cosechas de frutos, manadas de animales, estaciones de pesquería) determinó que no se construyeran viviendas permanentes. Aun cuando los campamentos y refugios construidos se ocupaban por épocas, se regresaba a ellos con frecuencia, razón por



Terrazas en Ciudad Perdida, Sierra Nevada de Santa Marta. Fotografía de Roberto Lleras, 1992.



Abrigo rocoso en las Piedras de Tunja, Facatativá. Fotografía de Ernesto Monsalve, 1991.

la cual se registran abundantes vestigios de ocupación.

Terrazas naturales

Las terrazas naturales localizadas cerca a lagunas, ciénagas y ríos, o en el litoral marino fueron uno de los tipos de sitios preferidos para la vivienda. Yacimientos con estas características han sido excavados en la sabana de Bogotá (Aguazuque, en vecindades de Mosquera y Peñitas, cerca a Chía). Los sitios elegidos eran planos, a la orilla de lagunas, y suficientemente elevados como para evitar inundaciones en caso de crecidas. No hay evidencias de una adecuación (relleno, aplanamiento, etc.) del área. En Aguazuque fueron encontrados hoyos de postes de madera, que revelan la existencia de varias estructuras circulares correspondientes a cobertizos en forma de colmena; también se encontró una hilera circular de hoyos, que encierra la terraza e indica la construcción de un cercado. En este mismo sitio, en una época posterior, las plantas circulares fueron reemplazadas por plantas ovales. En el interior de las estructuras se encuentran fogones, hoyos periféricos utilizados para la acumulación de basuras y tumbas de diferentes configuraciones. Una interesante variación se registra en Vistahermosa, otro sitio de la sabana de Bogotá, relacionado con Aguazuque, así como en Chía, en donde aparecen pisos de piedras irregulares.

Los vestigios indican que el espacio de la vivienda se utilizaba con propósitos múltiples: cocción de alimentos, faenado de presas de caza, elaboración de instrumentos de hueso y pie-

dra, etc. En una estación de ocupación determinada, estos espacios debieron estar delimitados, pero en la siguiente el establecimiento de un nuevo fogón en otro lugar o la excavación de una tumba imponía cambios en la disposición de las áreas.

Abrigos rocosos

Los abrigos rocosos constituyen otro de los tipos de sitios preferidos durante este período, y en ellos se observa un fenómeno similar al de las terrazas. Los numerosos afloramientos naturales de rocas del Cretácico existentes en el altiplano cundiboyacense fueron usados como lugares de vivienda. Las grandes rocas sufren procesos erosivos que afectan principalmente su base, de manera que, con el tiempo, se forman salientes a la manera de gigantes techos bajo los cuales hay una área abrigada que puede abarcar más de un centenar de metros cuadrados. Aquellos abrigos no expuestos a fuertes vientos o afectados por corrientes de agua se utilizaron, al igual que las terrazas, como campamentos estacionales en los cuales se realizaban todas las tareas domésticas propias de las bandas de cazadores y recolectores.

Las características del sitio hacían innecesaria la construcción de techos y paredes propiamente dichas, e imponían, además, una configuración irregular a las construcciones, ya que la forma de éstas estaba determinada por la pared rocosa. Aun cuando las evidencias no son concluyentes, se presume que la adecuación de los espacios se completaba con la erección de paravientos, que posiblemente también delimitaban los espacios de

las familias nucleares de la banda. Un piso de piedras irregulares, similar a los existentes en las terrazas de Vistahermosa y Chía, se encontró en los abrigos rocosos de Tequendama, al extremo sur de la sabana de Bogotá.

En muchos sitios del altiplano cundiboyacense se han encontrado abrigos con evidencias de utilización como espacios de vivienda estacional; es el caso de El Abra (Zipaquirá), Tequendama, Facatativá, Nemocón, Sueva, Chía, Neusa, Ventaquemada, etc. Las secuencias culturales de estos sitios revelan que continuaron siendo ocupados en forma similar por varios miles de años y por pobladores con organizaciones sociopolíticas diversas.

Concheros

La búsqueda de lugares estratégicos que permitieran, por su ubicación, un acceso rápido a las fuentes de abastecimiento de alimentos y materias primas fue una constante de la arquitectura prehispánica. Esto es especialmente notable en la región de la costa atlántica, en la época que sigue a la retirada de las glaciaciones y la estabilización del clima en sus niveles actuales. Allí, los hombres buscaron sitios desde los cuales pudieran explotar los recursos de ciénagas y lagunas, ríos, sabanas, bosques, manglares y litorales; esta diversidad de medios aseguró un aprovisionamiento abundante a todo lo largo del año y permitió el establecimiento permanente en un solo sitio por períodos muy prolongados.

Por esta época se configura un tipo de sitio conocido como conchero o conchal, constituido por una agrupación circular u ovoidal de bohíos cir-

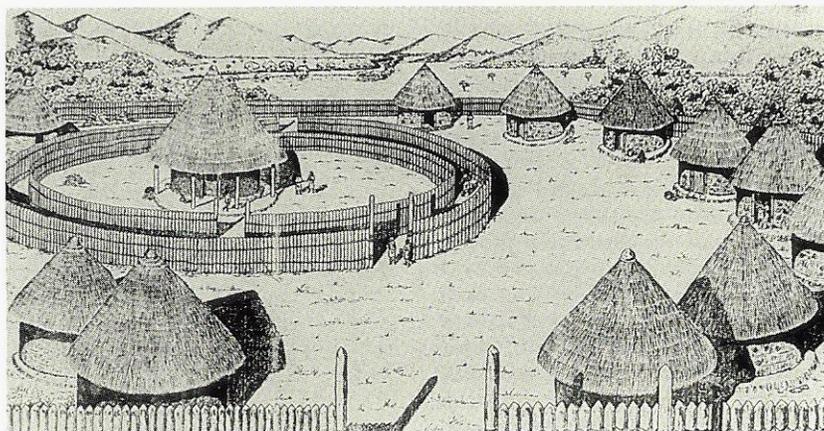
culares, cuyos vestigios aún se pueden apreciar claramente en Puerto Hormiga, Barlovento, Canapote, Turbana, Ciénaga Grande de Santa Marta e isla de Salamanca, lugares antiguamente localizados cerca de manglares ricos en moluscos y pesca. Otros sitios relacionados, ubicados en el interior, son Monsú, el Pozón y la serranía de San Jacinto. Con el tiempo, la acumulación de basuras (conchas, restos de animales, cerámica y líticos) hace subir el nivel del piso de las viviendas y las plataformas se van uniendo unas con otras hasta formar un anillo elevado con una depresión central. En los extremos oriental y occidental de esta zona central fueron excavados grandes hoyos cuya función no se conoce con exactitud, aunque se presume que puede tratarse de estructuras relacionadas con observaciones astronómicas.

La forma de anillo de estos antiguos asentamientos se vincula con una sociedad donde las diferencias de rango no son muy marcadas: todas las viviendas tienen la misma posición respecto del centro y de las demás construcciones y sus ocupantes se relacionan entre sí de la misma manera.

Los concheros representan una adaptación notablemente eficiente a la vida del litoral; desde estas plataformas protegidas contra posibles inundaciones y abastecidas constantemente por los productos del mar, se inició, gracias al sedentarismo, la experimentación con frutos y raíces que llevó al desarrollo de la agricultura. A su vez, la consolidación de la agricultura como principal forma de producción conlleva a una mayor sedentarización de las poblaciones, lo que desemboca en el establecimiento de más y mayores poblados permanentes en todos los medios geográficos de la Colombia prehispánica. Sin embargo, esto no significó que la arquitectura se hiciera más compleja de forma inmediata, o que se comenzaran a utilizar materiales más permanentes; en lo fundamental, la planta circular de las viviendas continuó imperando y los asentamientos estacionales en terrazas y abrigos rocosos, lo mismo que los concheros, siguieron siendo utilizados paralelamente con los poblados agrícolas.

Poblados agrícolas

Nuevos factores comienzan a incidir en la elección de los sitios de vivienda. Aún se observa una marcada dependencia respecto al acceso a las



Reconstrucción de un vallado Muisca. Centro Documental, Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

fuentes de agua; así, en los períodos iniciales de San Agustín, en Tumaco, en la región calima y en el Sinú-San Jorge, el patrón de asentamiento sigue los cursos de los ríos, esteros y caños, o bordea las lagunas y ciénagas. No obstante, ahora también es primordial ubicarse cerca a las tierras de labranza, de tal manera que se las pueda proteger continuamente y no resulte dispendioso el desplazamiento hasta ellas. Tal vez es en la selva amazónica donde esto es más claro que en ninguna otra región; allí, la vivienda multifamiliar o el poblado ocupa una posición aproximadamente central respecto a las chagradas dispersas en la selva circundante, en las cuales se cultivan los productos agrícolas de consumo.

El crecimiento de la población demandó la conquista de nuevas tierras para la agricultura y esto generó situaciones de conflicto que, agudizadas por las diferencias étnicas y culturales entre los grupos, asumieron en muchas ocasiones el carácter de guerras. Esta circunstancia influyó en la escogencia de los sitios de asentamiento y los poblados comenzaron a localizarse en lugares altos: mesetas o filos de montañas difícilmente accesibles para el enemigo y fácilmente defendibles para los pobladores. Entre los pueblos más belicosos, como los panches y pijaos de los valles medio y alto del río Magdalena, este patrón de ubicación continuó hasta la época de la conquista española. Así los describe el cronista fray Pedro Simón:

«Tienen estos indios panches, por el mucho calor de la tierra que sin cesar en ningún tiempo se padece, poblados sus pueblos en la parte más alta, para alentarse algo del calor con los aires que allí les baten. Y procuran escoger estos sitios en las lomas más

fragosas que hallan de las muchas que tiene la tierra por ser toda muy doblada y que los lados de las cuchillas sean dificultosos y si puede ser que no se puedan subir por ellos, para que no tengan entrada a sus poblaciones si no es por la cuchilla aguda, donde también a trechos la refuerzan con hoyos secretos anchos, hincadas en los suelos del hoyo estacas con puntas tostadas hacia arriba, para que los que no saben el secreto, queriendo llegar a sus casas, caigan en ellos y perezcan».

Algunas de las más complejas sociedades prehispánicas tuvieron la capacidad de introducir, con fines agrícolas, profundas transformaciones en su medio, que a su vez determinaron patrones particulares de ubicación de viviendas y poblados. Este es el caso en la depresión del bajo San Jorge, escogida por el pueblo Zenú debido a los ricos sedimentos aportados por las crecientes estacionales, que fue adecuada por ellos, para aprovechar las ventajas y evitar los inconvenientes de las inundaciones, mediante extensos sistemas de canales y camellones. Allí, las viviendas se ubicaron en plataformas artificiales construidas a lo largo de los caños de drenaje. Los zenúes llevaron en estos ambientes antrópicos una vida anfibia, donde la canoa fue indispensable para transportarse entre una plataforma y otra o para ir a los campos de cultivo. En una época posterior, en la que se registra un crecimiento demográfico, surgen poblados nucleados constituidos por un gran número de plataformas agrupadas, donde los canales, como en Venecia, cumplen la función de calles.

Los muisca, antiguos habitantes del altiplano cundiboyacense, son ejemplo de una cultura prehispánica

dotada de una agricultura desarrollada y una organización política compleja, con múltiples instancias de poder. Su modelo de poblamiento respondía a estas dos características: por una parte, los caciques principales y los diversos "especialistas" (que tenían un oficio definido y de tiempo completo) desligados de la producción directa de alimentos vivían en nucleaciones, algunas de las cuales, como Tunja, podrían llamarse ciudades. Y por otra, alrededor de los cercados de caciques de rango medio (Sopó, Suba, Paipa) se formaban aldeas, en las cuales, en caseríos dispersos por el campo, vivían los "capitanes" o cabezas de grupos de parentesco matrilineal, con sus parientes dedicados a la agricultura. Los agricultores así disgregados, constituían el grueso de la población.

En un testimonio del período colonial, así describió un español el poblamiento de la región de Chiquinquirá en el tiempo de la conquista: «En aquel tiempo que este testigo entró, los hallaron [...] poblados junto a las vegas del río, [...] desparramados en una parte seis bohíos y en otra cuatro y en otra ocho o diez, y de esta manera estaban poblados en aquel tiempo».

Este esquema, contra el cual lucharon los colonizadores españoles que favorecían las aldeas nucleadas, ha sido visto como el ancestro de las actuales veredas campesinas.

Las formas específicas de explotación de los recursos impusieron, finalmente, otros patrones de asentamiento. Los muiscas, al igual que sus vecinos los guanes de la montaña santandereana y los laches del Cocuy, mantenían cultivos en varios pisos térmicos con el fin de producir una amplia variedad de alimentos y recursos. Gracias al dominio de diferentes variedades de maíz, podían obtener en clima medio y en sólo seis meses cosechas que los resguardaban de los frecuentes desastres causados por las heladas en sus sembradíos de tierra fría, donde anualmente producían un grano más alimenticio y duradero. Sus poblados principales se localizaban, por lo regular, en el piso térmico frío, mientras que en las tierras templadas y cálidas existían bohíos aislados que se ocupaban estacionalmente para atender las labranzas. Su vivienda, entonces, se componía no de una, sino de varias casas ubicadas en ambientes diferentes.

Entre los grupos indígenas actuales, los kogis de la Sierra Nevada de

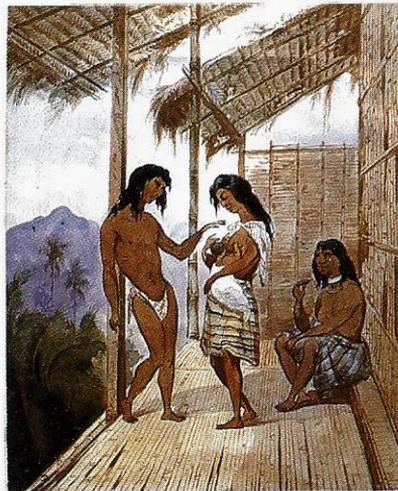
Santa Marta y los tunebos de la del Cocuy, ambos de la familia lingüística Chibcha, como los muiscas, guanes y laches, ejemplifican este tipo de ocupación del territorio. De acuerdo con la época del calendario ritual y de cultivos, sus comunidades completas bajan o suben de una zona a otra, ocupando el poblado "principal" sólo en el momento de las ceremonias mayores. Tales movimientos no pudieron ser masivos en una sociedad tan compleja como la muisca, aunque la pauta de control vertical era parte de su tradición.

ADECUACIÓN DEL ESPACIO

Diferentes motivos llevaron a los pobladores prehispánicos a ubicar sus casas y poblados en lugares donde la construcción de las viviendas requería de algún tipo de adecuación previa del terreno. La necesidad de aislar de las inundaciones los pisos de las viviendas, de impedir el ingreso de animales, o simplemente, de lograr un piso plano en terrenos desnivelados, obligó a la construcción de obras más o menos complejas.

Plataformas elevadas

Un primer tipo de adaptación muy simple y ampliamente difundido en las zonas de selva húmeda consistió en adecuar grandes árboles, sobre cuyas ramas se armaban plataformas de madera para las casas. Tal práctica está abundantemente documentada para la costa pacífica, desde el Chocó hasta



Vivienda indígena con plataforma, en el Chocó. Acuarela del Album de la Comisión Corográfica, 1853 (20.7 x 16.3 cm). Biblioteca Nacional.



Casas sobre pilotes de madera del puerto de Buenaventura. Acuarela de Manuel Dositeo Carvajal, 1850. 19 x 24 cm. Museo del Siglo XIX, Fondo Cultural Cafetero, Bogotá.

Tumaco. Los españoles llamaron "barbacoas" a estas viviendas y de allí se dio este nombre a todo un grupo indígena. Las casas construidas sobre los árboles carecían de paredes, permitiendo así la ventilación, y se remataban con un techo de hojas de palma cónico y muy alto.

También en la costa pacífica, sobre el área pantanosa de los manglares y esteros, así como en algunas de las ciénagas de la costa atlántica, se utilizaron los pilotes de madera para crear el espacio donde se construirían las viviendas. Los palafitos fueron el tipo de vivienda de pueblos pescadores, acostumbrados a la navegación; los pilotes de troncos rollizos, parcialmente enterrados en el fondo de las ciénagas, sostenían plataformas de madera sobre las cuales se armaban las estructuras; pisos de arcilla y piedras permitirían ubicar fogones y aislar la humedad. Aún hoy se emplean los palafitos en los deltas internos y zonas de inundación de la costa atlántica.

En terrenos planos y bajos sujetos a encharcamiento o inundaciones en época de lluvias, se hizo necesario elevar la superficie de la vivienda; algunas veces éste fue consecuencia de la acumulación natural de las basuras y desechos de la actividad doméstica, como en el caso de los concheros. En algunos lugares como Momil, cerca de la ciénaga del mismo nombre en el litoral atlántico, el nivel de los pisos de las viviendas más tardías estaba aproximadamente cuatro metros por encima del piso natural.

En otras regiones como el bajo San Jorge, las plataformas para las viviendas fueron construidas acumulando tierras extraídas en la excavación de los canales, en una operación rápida. Un caso similar se encuentra en los Llanos Orientales, región sujeta a inundaciones estacionales, donde es-

tas plataformas parecen haber sido utilizadas tanto para vivienda como para cultivo. En el litoral pacífico, desde el sur de Colombia hasta la parte media del Ecuador, se encuentra una gran cantidad de plataformas elevadas, que reciben el nombre de tolas y que se formaron en parte por la acumulación de desechos y en parte por el amontonamiento intencional de tierra.

Terrazas, muros y canales

Las laderas y terrenos quebrados plantearon otro reto al poblador prehispánico: aquí era necesario nivelar sectores de las pendientes con el fin de lograr superficies planas para las viviendas. El terraceo fue la respuesta adoptada en casi todas las regiones. La técnica adoptada para construir terrazas combinó la excavación de una parte de la pendiente (parte superior) y el relleno de la otra (parte inferior). En esta forma se nivelaban superficies cuya amplitud dependía de la magnitud de los movimientos de tierra y del desnivel de las pendientes; en la región arqueológica calima, algunas terrazas alcanzan más de 100 metros de largo.

Con frecuencia, aun cuando no siempre, la estabilidad de tales estructuras dependía de que se les adosaran muros de contención, tanto en la parte superior (excavada) como en la inferior (relleno). Tales muros se construyeron con piedras irregulares acuñadas con tierra; cuando éstos alcanzaban grandes alturas, como en la Ciudad Perdida de los taironas (donde los hay hasta de siete metros), se empleaban contrafuertes constituidos por piedras largas profundamente enterradas en el suelo. Los muros de contención construidos en piedra se utilizaron profusamente en la Sierra Nevada de Santa Marta, en donde conforman el elemento arquitectónico diagnóstico de las ciudades de la cultura Tairona. También hay ejemplos de este tipo



Muro de contención en piedra, con escalas. Ciudad Perdida.



Camino de piedra en San Agustín. Fotografía de Roberto Lleras.

de estructuras en el departamento de Nariño, en el valle alto del Cauca y en la región de San Agustín.

Además de impedir el deslizamiento de la tierra, era importante manejar las aguas lluvias en los sitios terraceados, a fin de impedir la erosión. Los canales y drenajes generalmente siguen el contorno de la vivienda; una curiosa excepción se encuentra en San Agustín, donde el canal atraviesa el espacio de la casa de lado a lado, cumpliendo, probablemente, la función de aprovisionamiento de agua y de arrastre de desechos.

En la zona arqueológica tairona, las paredes de los canales fueron recubiertas con piedra y los remates de los muros protegidos con lajas salientes, que impedían que el agua al escurrir se filtrara entre los muros, socavando el relleno de las terrazas hasta destruirlas. Por el contrario, la escorrentía de las aguas lluvias fue dominada completamente por los taironas, de forma que la gota que rodaba sobre el techo pajizo de un bohío caía luego en un canal circular o sobre la terraza enlosada, en cuyo límite las lajas salientes, dispuestas como escalones sucesivos a lo largo del contrafuerte, la hacían gotear hasta una escalera que la conduciría, frenando su ímpetu, a la quebrada cercana.

Como adecuación adicional en el área tairona, se construyeron en la superficie de las terrazas plataformas ligeramente elevadas sobre las cuales se alzaban las viviendas. De esta for-

ma, se delimitaban en la terraza los espacios domésticos internos y los de circulación en el exterior; los primeros con un piso de tierra apisonada y los segundos recubiertos por un pavimento de lajas. Un pequeño muro delimita estos anillos de vivienda que se comunican por escaleras cortas situadas en la entrada o entradas de las casas. Los muros de contención están cortados por escaleras paralelas o perpendiculares a ellos, que se conectan a la red de caminos del poblado.

En las cumbres de los montes de la zona andina se construyó otro género de terrazas, allanando la cima y rellenando en derredor. Por lo general, las explanadas cumplían en estos lugares funciones ceremoniales o albergaban construcciones importantes. En plano, las terrazas prehispánicas tenían, usualmente, una forma circular más o menos regular. Abundaban también los planos ovoidales o elípticos y con menos frecuencia los rectangulares; en el área Calima algunas estructuras tienen forma de "L" o de "T", tal vez siguiendo un patrón ajustado a exigencias rituales.

LOS MATERIALES

Si tuviera que hablarse de un material de construcción universal en la arquitectura prehispánica, éste sería, sin lugar a dudas, la madera. En todos los tipos de viviendas conocidos arqueológicamente, o a través de las crónicas, se utilizó madera, bien sea en forma de troncos rollizos o cortados longitudinalmente. Los maderos se usaron como pilotes de los palafitos, para construir las plataformas sobre los árboles, enterrados muy cerca unos de otros formando los cercados externos de las aldeas y las paredes de los bohíos, como vigas y horcones



Vivienda frente a Gorgona, provincia de Barbaños. Acuarela de Manuel María Paz, 1853. Biblioteca Nacional, Bogotá.

sosteniendo las techumbres y, finalmente, en el interior como parte de los estantillos y muebles.

En algunas zonas, como en el Quindío, donde es especialmente abundante, la guadua reemplazó a la madera en muchas aplicaciones; su elasticidad y resistencia, bajo peso y versatilidad, la convirtieron en un material apropiado para construir estructuras, conducir agua y formar muros y paredes.

Los techos se recubrieron con paja de diversas clases en aquellos climas donde este material se encontraba disponible. En las tierras bajas y zonas de selva húmeda se utilizaron hojas de palma entretejidas. En los remates de las cubreras se colocaban vasijas de cerámica boca abajo, cumpliendo una función más ritual que práctica. Todos los tipos de cubiertas construidos requerían de un constante mantenimiento y una renovación periódica.

En las paredes de las casas, además de la madera, se usaron cortezas de árboles (Amazonia), hojas de palma tejidas formando complejos diseños, como aún se pueden observar en las malocas de los huitotos, y bahareque. Este último material, constituido por tierra gredosa mezclada con paja picada y sostenido por una armazón de madera o guadua, fue reportado por los conquistadores europeos en una amplia variedad de regiones. El bahareque ofrece una buena duración, es fácilmente moldeable a cualquier configura-



Yacimiento arqueológico de El Infiernillo, Sáchica (Boyacá). Fotografía de Roberto Lleras, 1979.

ción, proporciona excelente aislamiento térmico, sellamiento a prueba de insectos y alimañas, requiere poco trabajo para su preparación y es incombustible.

La utilización de la piedra fue, por el contrario, mucho más restringida. No se ha reportado hasta ahora su uso como parte de la estructura de las viviendas propiamente dichas. Allí donde se usó en forma extensiva (Sierra Nevada de Santa Marta), la piedra constituyó la materia prima de los muros de contención, pavimentos de las terrazas, caminos, escaleras y canales, pero no de las paredes de las casas. En las viviendas indígenas actuales solamente se usa piedra en dos áreas: el sur de la Sierra Nevada de Santa Marta, donde parece ser que se trata de una costumbre posterior a la Conquista, y la Sierra Nevada del Cocuy. Los escritos más antiguos se refieren a esta última región como «las casas de piedra», pero la arqueología muestra que sólo los basamentos eran de este material.

En escasos lugares del territorio muisca—cercañas de Tunja, de Villa de Leiva y de Ramiriquí—, se han encontrado columnas de piedra arenisca que hoy parece razonable atribuir a este grupo, aunque en principio se creyeron producto de una cultura anterior. Se trata de cilindros monolíticos, usualmente con una entalladura cerca de uno de sus extremos,

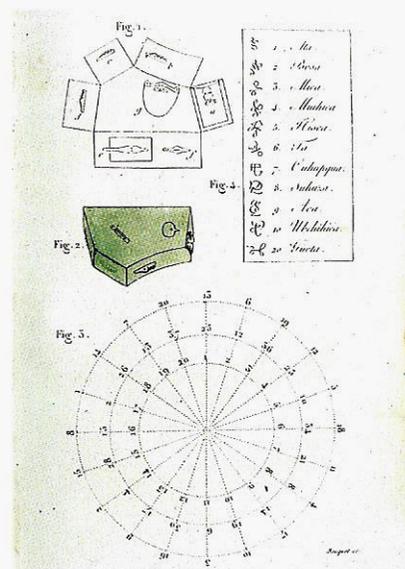
con dimensiones hasta de 6 metros de largo por 88 centímetros de diámetro, que se encuentran ordenados en círculo en predios de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Tunja, delimitando una planta rectangular en el sitio El Infiernito (vereda de Monquirá, municipio de Villa de Leiva), o sacados de su contexto original para adornar plazas públicas, como en el caso de Ramiriquí o del Pozo de Donato en Tunja.

Una cantera existente en Tibaná resulta de gran interés, pues allí es posible apreciar todas las fases del proceso de fabricación de las columnas, desde la extracción de bloques rectangulares, aprovechando el clivaje y tipo de fractura natural de la roca, hasta su talla, redondeado y finalización.

Las columnas de Tunja parecen corresponder a los cercados y templos hallados por los conquistadores en ese sector del norte de la ciudad española. Es sabido que en Baganique, vereda de Ramiriquí, donde también se encuentran estos monolitos, existió un templo que fue saqueado en la Conquista, pero éste no ha sido ubicado arqueológicamente. Excavaciones llevadas a cabo en El Infiernito lo identifican como un sitio dedicado a observaciones astronómicas, destruido probablemente antes del siglo XVI; ello explicaría el porqué no aparece mencionado en crónicas o documentos españoles iniciales. Entrado el período colonial, fray Pedro Simón re-



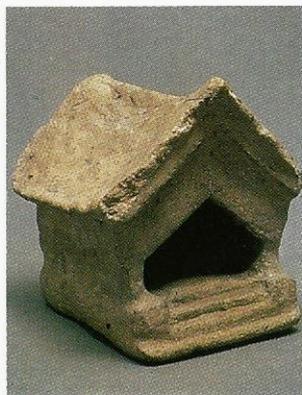
La choza. Oleo de Claude Feuillet, Centro de Documentación, Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.



Calendario lunar de los muisca. Grabado de Bouquet en "Vues des cordillères et monuments des peuples indigènes de l'Amérique", de Von Humboldt. Biblioteca Nacional, Bogotá.



Casa con techo de dos aguas.
Alcarraza Calima-Yotoco.
Fondo de Promoción de la Cultura.



Casa con techo de dos aguas.
Cerámica Tumaco.
Fondo de Promoción de la Cultura.



Bohío. Cerámica Tumaco.
Colección particular, Bogotá.
Foto: Nicolás Bortfeldt.



Casa tallada en piedra.
Cultura de Tierradentro.
Foto: Roberto Lleras.

cogió una versión según la cual las columnas —que en su época yacían como hoy en medio de cultivos— estaban siendo llevadas a Tunja para la construcción de un templo dedicado al sol. El advenimiento de la Conquista hizo abandonar el proyecto y las columnas nunca llegaron a su supuesto destino.

Vale la pena anotar que por ser un material duradero y tan afín a nuestra cultura, la piedra se ha tomado con frecuencia como patrón de medida para evaluar el grado de desarrollo alcanzado por las sociedades prehispánicas. Sin embargo, este criterio deja de lado que muchas culturas pudieron elaborar complejos sistemas intangibles —como las matemáticas y la astronomía— y que otras tuvieron a disposición o prefirieron elementos distintos. Por ejemplo, el pueblo Chimú, de la costa norte peruana, elevó pirámides, murallas y ciudades en barro y adobe. Así mismo, entre los muiscas, el arrastre de maderos destinados a ser horcones de templos y cercados era un rito en el cual la comunidad en pleno podía invertir mayor energía, tiempo y capacidad organizativa que en la talla de piedras locales. Se dice que los maderos centrales del Templo del Sol en Sogamoso eran troncos de guayacán arrastrados desde los Llanos Orientales, lo cual parece razonable si consideramos que personificaban al astro-dios, quien, como ellos, viene de oriente.

LA ESTRUCTURA

Tanto a través de las excavaciones arqueológicas como de los testimonios

escritos, se tiene evidencia de plantas de vivienda circulares y rectangulares. La planta circular con techo cónico parece haber sido más común y se utilizó para la generalidad de las pequeñas viviendas unifamiliares, aun cuando también se conoce la existencia de grandes construcciones redondas como las viviendas del sitio La Estación en San Agustín y el ya mencionado Templo del Sol en Sogamoso.

Las viviendas circulares o bohíos fueron comunes en Nariño, el alto Cauca, San Agustín, Tierradentro, Quindío, el altiplano cundiboyacense, Santander, la Sierra Nevada y el macizo antioqueño (ver mapa Tomo 3, p. 77). Aun cuando en algunas zonas coexistieron los dos tipos de plantas, parece que tuvieron diferente utilización y que el rectángulo se reservó para construcciones especiales, tales como templos o viviendas de principales. En la zona muisca, a lo largo de la Colonia, se fue operando una transición gradual del bohío circular a la casa rectangular; en los mapas de los resguardos del siglo XVII aparecen viviendas circulares en los campos y rectangulares en los cascos urbanos.

A pesar de que los materiales perecederos, como la madera, desaparecieron, las excavaciones arqueológicas encuentran las huellas de postes que definen la planta de la antigua construcción, aunque con superposiciones temporales que en ocasiones hacen muy difícil distinguir los elementos completos de las distintas casas construidas sucesivamente en un mismo lugar. Sin embargo, como patrón general, se puede reconocer la existencia de uno o dos horcones cen-

trales en las estructuras de mayor tamaño, que no se encuentran en las menores, y de horcones gruesos flanqueando las puertas o colocados a trechos en la estructura de las paredes.

Las paredes en los bohíos circulares podían ser rectas, alcanzando alturas entre uno y medio y dos metros, o curvadas hacia adentro, formando una sola superficie con el techo cónico; en este caso se habrían utilizado maderos flexibles amarrados. En algunas excavaciones, los hoyos de los maderos aparecen muy cerca unos de otros conformando una verdadera "pared de troncos"; en otros bohíos, los hoyos están más distanciados indicando que los maderos actuaban como partes de una estructura en la cual los espacios se rellenaban con bahareque, corteza o tejidos de hojas de palma.

Las evidencias de viviendas rectangulares son muy escasas en las excavaciones arqueológicas, pero curiosamente más frecuentes en representaciones en cerámica y piedra. Estas figuras proporcionan valiosos datos acerca de detalles no recuperables en excavaciones arqueológicas, como las formas de los techos, ventanas y puertas. Llamen la atención los techos de dos aguas convexos, en los cuales los extremos, más altos, se prolongan en voladizos sobre las fachadas anterior y posterior. En las vasijas del período Ilama, en la zona arqueológica calima, aparece un poblado de casas rectangulares en el cual la central, de mayor tamaño, se comunica con las demás por medio de caminos.

También hay representaciones de viviendas atípicas en esculturas de la zona de Tierradentro y el alto Cauca;



Alcarraza con un poblado.
Cultura Calima.
Museo del Oro, Bogotá.

una con planta rectangular y techo de cuatro aguas sin puertas ni ventanas, otra también rectangular con techo semicircular convexo y otra más de una estructura hexagonal de dos pisos con techo cónico y ventanas. Se conocen ejemplares de verdaderas maquetas en lámina de oro procedentes del área arqueológica calima, que reproducen casas de planta rectangular y techo a dos aguas. En una de ellas, sobre la hoja de oro que hace las veces de piso, se representaron inclusive los hoyos de los postes de las estructuras.

En el valle medio del Magdalena, se excavó una gran vivienda rectangular con esquinas redondeadas, similar en muchos aspectos a las actuales malocas de la Amazonia. Una estructura tal debió albergar a una familia extensa, así como las descritas por los cronistas en el suroccidente eran habitadas por los caciques y personajes principales junto con sus mujeres e hijos.

De acuerdo con excavaciones arqueológicas del interior de bohíos taironas, el fogón ocupaba el centro del círculo; a un costado aparecen elementos vinculados a los alimentos y su preparación y en el costado opuesto, vestigios de actividades artesanales: alfarería, hilado, talla de piedras y orfebrería.

No en todas las regiones la unidad de vivienda estaba conformada por una sola construcción. En muchas partes sí ocurrió así y en estos casos todas las actividades domésticas, tales como la preparación de alimentos, la talla de herramientas o el descanso, se hacían en el interior de la casa, dentro de espacios delimitados para cada fin. En otras regiones, sin embargo, cada actividad o grupo de actividades afines se realizaban dentro de una construcción separada, pero que formaba con las demás una sola estructura.

En el Sinú y el bajo San Jorge la residencia de cada familia estaba compuesta por tres construcciones independientes que compartían la misma plataforma artificial: una dedicada a la cocina, la segunda para dormir y una tercera utilizada como área social. En muchos de los territorios indígenas del valle medio del río Cauca los cronistas reportaron la existencia de pequeños bohíos alejados a las viviendas, que se usaban exclusivamente para alojar en ellos a las mujeres menstruantes. En la Sierra Nevada de Santa Marta, construcciones con características muy similares se usaron para recluir a las jóvenes adolescentes antes de los ritos de iniciación.

LOS POBLADOS

La mayor parte de los poblados prehispánicos de Colombia estaban constituidos por bohíos agrupados alrededor de una construcción principal, que podía ser la casa del cacique o un templo; entre ellos se trazaban caminos irregulares y se alternaban las áreas construidas con zonas de desecho, de cultivo agrícola y reservas de bosque. En muchas zonas, la configuración de las nucleaciones fue determinada por el relieve o por otros accidentes naturales, tales como las riberas de los ríos o las ciénagas. Los conquistadores dejaron apenas algunas descripciones de los poblados que tuvieron ocasión de observar y son pocos los que han sido descritos arqueológicamente.

La Sierra Nevada de Santa Marta, con su compleja red urbana, fácilmente detectable por su infraestructura de piedra, constituye una excepción al patrón disperso del resto del país. Hasta el momento, se han identificado cerca de doscientos cincuenta poblados en las vertientes norte y occidental de este macizo montañoso,



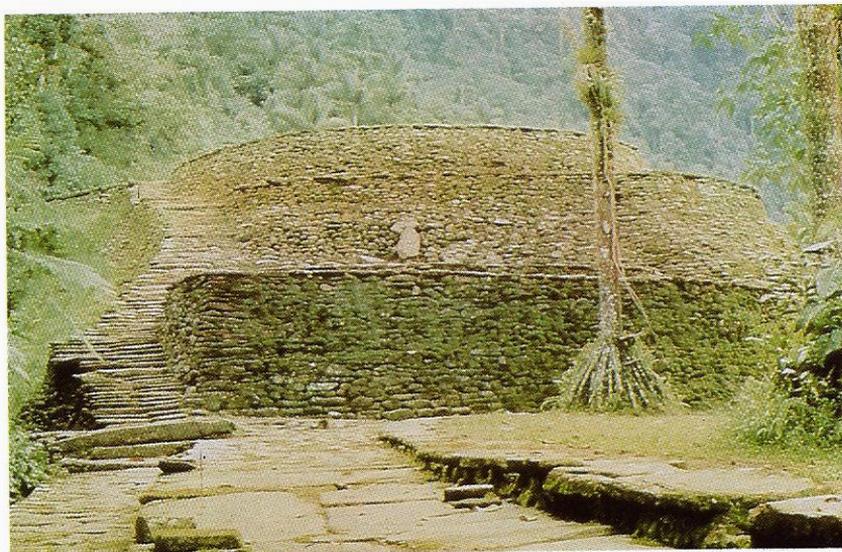
Viviendas en oro.
Cultura Calima-Yotoco.
Colección privada.

a lo largo de los valles de los diferentes ríos. Los poblados están comunicados entre sí por caminos enlosados que incluyen puentes de piedra, banquetes y canalizaciones de quebradas.

El tamaño de los pueblos taironas oscila entre algunos de vocación rural, que comprenden apenas seis o siete terrazas con sus correspondientes muros y caminos, hasta grandes núcleos como Ciudad Antigua, Ciudad Perdida o Pueblito, que podían albergar a más de cinco mil personas y funcionaron como centros regionales. En las crónicas, las capitales de las principales provincias taironas se denominan: Bonda, Betoma, Poci-güeyca y Taironaca.

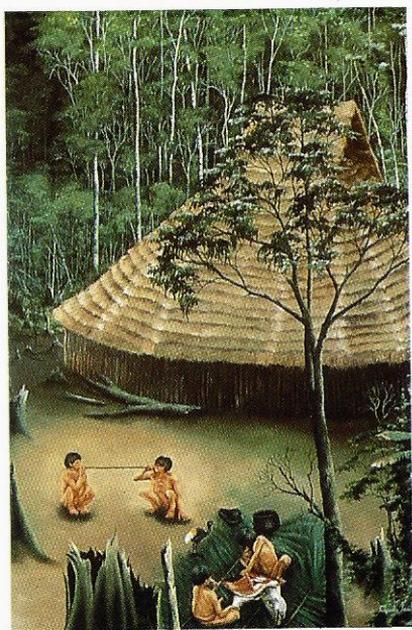
En las doscientas o más terrazas de Ciudad Perdida se puede observar una sectorización bien marcada. Un sector central, ubicado sobre una cuchilla del relieve desde donde se puede controlar todo el valle del alto río Buritaca, que presenta dos grandes basamentos rectangulares sobre montículos artificiales, comparables a los templos descritos por los conquistadores. Una serie de plazas y escaleras muy elaboradas corroboran que este debió ser el núcleo político y religioso del poblado. Otros nueve "barrios" pueden distinguirse, asociados a funciones administrativas y de intercambio, cuando llegan a ellos los principales caminos interurbanos, o residenciales y artesanales, cuando se ven menos plazas públicas, lajas más rústicamente talladas y vestigios de talleres. Probablemente estos sectores correspondían a grupos de habitantes relacionados por parentesco u oficio y sujetos a capitanes que obedecían, a su vez, al cacique del poblado.

Las ciudades de la Sierra Nevada de Santa Marta, ubicadas entre el nivel del mar y los 2 500 metros de altura, contaban, además, con otras obras de infraestructura adecuadas al clima;



Sistema de terrazas en Ciudad Perdida. Fotografía de Roberto Lleras.

en la costa árida, reservorios de agua enchapados en piedra, y en la sierra húmeda, un complejo sistema de manejo del agua lluvia. Llama la atención el que no se hubieran construido los muros de las casas en piedra, ya que el material es abundante y su manejo se conocía muy bien. Los bohíos de madera y paja desaparecieron después del abandono de las ciudades y sólo quedó el mudo esqueleto de piedra, que se fue cubriendo con la selva a lo largo de los siglos.



La maloca. Oleo de Claude Feuillet. Centro Documental, Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

Viviendas comunales: la maloca

La maloca amazónica constituye un tipo de poblado especial, compuesto por una sola construcción localizada en un claro del bosque, en la cual habita una familia extensa —un grupo de hermanos varones con sus esposas e hijos— que realiza todas las actividades domésticas en su interior.

Las malocas de los barasanas, del Vaupés colombiano, son enormes casas con techo de palma a dos aguas que se prolonga casi hasta el suelo. Su planta rectangular (en ocasiones redondeada en su parte posterior) mide comúnmente 24 metros de largo por 12 de ancho. Están rodeadas por un área de tierra que se mantiene desyerbada y por un cultivo de yuca brava, de árboles frutales variados y plantas que proveen condimentos, venenos para la caza y la pesca, y sustancias de consumo ritual. Las demás chagras se encuentran dispersas en la selva cercana, en claros que se abren por períodos de hasta tres años y se van rotando a medida que se agotan los suelos. Frente a la maloca corre un río que provee a sus habitantes de pescado y sirve como principal vía de transporte hacia otras casas, ubicadas a considerable distancia unas de otras.

El espacio interno de la maloca se distribuye según una serie de reglas. La puerta anterior es de uso exclusivo de los hombres y la posterior corresponde a las mujeres y niños. Atrás está también el espacio donde las mujeres cumplen sus actividades diarias, como la preparación de las tortas de

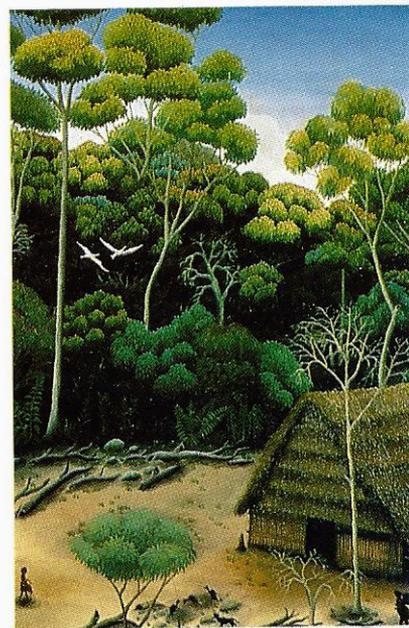
yuca brava o casabe. Los hombres departen y comentan sus partidas de caza mientras elaboran canastos cerca de la puerta delantera. El centro de la maloca, definido por cuatro horcones, es de uso ritual. En las noches los hombres se reúnen allí para discutir de mitología y otros temas de importancia, y es el espacio de los bailes sagrados cuando se reúnen distintas comunidades.

Sólo la parte trasera tiene paredes que definen compartimientos donde habitan las diferentes familias. Estas se ordenan jerárquicamente, correspondiendo la habitación del fondo al hermano mayor y primero en casarse —dueño de la maloca—, y las siguientes a los demás hermanos de acuerdo con su edad y matrimonio. Los jóvenes ya iniciados pero que aún no han formado una familia cuelgan sus hamacas a ambos lados de la parte delantera, junto con los eventuales visitantes.

Hoy en día, cuando la influencia blanca y de las misiones imponen en la selva las viviendas individuales, se ha observado que los indígenas las ubican unas respecto a otras según el mismo patrón de jerarquía.

SIMBOLISMO DE LA ARQUITECTURA INDIGENA

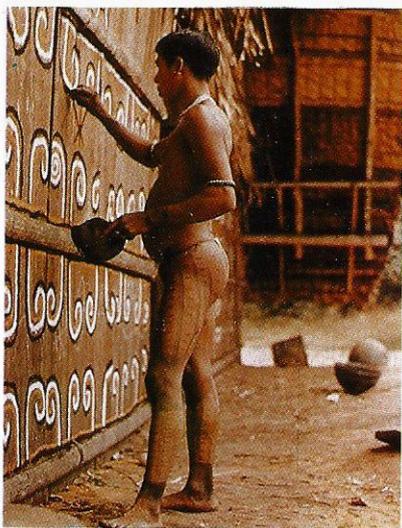
Tanto la arquitectura indígena actual, como la prehispánica, encierran un



La maloca. Oleo de Claude Feuillet. Centro Documental, Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

importante aspecto simbólico. Para las comunidades taiwano del Vaupés, la maloca reproduce el cosmos y éste es como una gran vivienda que encierra todo lo creado. Su cielo raso se asemeja a la bóveda celeste, donde por un río viaja diariamente el sol, desde las cabeceras, situadas al oriente, hasta la desembocadura, al occidente. Este río es la viga cumbre de la maloca y sus afluentes son como los estantillos que soportan la cumbre apoyándose en las paredes laterales, cerros de los confines del mundo. En la noche, el sol deja este mundo para alumbrar el mundo de abajo —de tristeza y enfermedad—, siguiendo el curso inverso por una bóveda que es simétrica a la nuestra, de tal forma que al amanecer se encuentra de nuevo en la puerta de las cabeceras. Sobre nuestro mundo, un río semejante une como un eje la puerta de las cabeceras y la de las aguas: el Pirá-Paraná, curso que los primeros ancestros remontaron en una canoa culebra para poblar la tierra. Su orden de desembarco determinó la jerarquía de los grupos: los que nacieron primero, hacia las desembocaduras, tienen primacía sobre quienes nacieron y hoy viven río arriba, hacia las cabeceras. Así mismo, a lo largo del corredor central de la maloca, los hombres se ubican río abajo y a las mujeres les corresponde estar río arriba, en la puerta trasera.

Para los huitotos del río Caquetá, la maloca es el cuerpo acogedor de la madre ancestral, progenitora de Añi-



Indígena Tukano pintando una maloca con arcilla natural. Foto: Brian Mosser. Centro Documental, Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.



Maloca ritual de los indígenas Cubeos del Vaupés. Fotografía de Diego León Giraldo.

raima, quien dio forma material al universo. Las vigas son sus huesos y los amarres sus venas y nervios. Su piel, las palmas de complejos trenzados que conforman el techo, espanta a los espíritus malignos imitando sus formas. Su vagina es el centro ritual de la maloca, donde la narración nocturna de los mitos cumple el rol fertilizador. La madre está en cuclillas, en posición de alumbramiento; los huitotos dicen: «La puerta de la maloca es llamada Amanecer porque quien se asoma al patio de la creación, nace. Los Abuelos-Columnas, sostenedores y vigilantes de la puerta, forman una red invisible que no deja penetrar ningún espíritu maligno».

El abuelo-dueño y fundador de una maloca es visto como un horcón que une el mundo de arriba con el de abajo. A su vez, los cuatro horcones principales de la construcción son los ancestros de las cuatro grandes tribus originarias. Esta asimilación de los postes a personas y deidades se da en numerosas culturas americanas, de manera que no es sorprendente que en los hipogeos de Tierradentro, que reproducen el interior de una vivienda, las columnas y vigas tengan rostros humanos.

En las culturas indígenas, la arquitectura no se plega a criterios individuales. Su sentido no es solamente de utilidad y de estética, sino que es dictado por los patrones fundamentales y permanentes de la cultura. En estas sociedades sin escritura, cada construcción es un texto donde están

inscritos la forma del universo y el proceso de su origen. Los bailes y ceremonias que tienen lugar en el corredor central de una maloca detienen el tiempo cotidiano para remontarse al tiempo del principio, cuando el universo apenas iniciaba su existencia y se necesitó el concurso de los ayawaroa para darle, poste por poste, la forma y el sentido que tiene hoy.

Bibliografía

- CORREA, FRANÇOIS. "Los ayawaroa construyen el cosmos". *Universitas Humanística*, 20, 33 (Bogotá, 1991), pp. 9-21.
- CORREDOR, BLANCA DE. Guión de la exposición "Maloca. Simbología de los witoto". Museo del Hombre Amazónico, Banco de la República, Leticia, 1991.
- CHAVES, ALVARO. "Vivienda prehispánica en el suroccidente de Colombia". *Maguaré*, 5 (Bogotá, 1987), pp. 41-58.
- DUQUE GÓMEZ, LUIS. *Prehistoria*, Tomo 1, *Etno-historia y arqueología. Historia extensa de Colombia*, Vol. 1. Bogotá, Academia Colombiana de Historia-Lerner, 1965.
- INSTITUTO COLOMBIANO DE ANTROPOLOGÍA. *Colombia prehispánica*. Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología, 1989.
- LONDOÑO L., EDUARDO. "Los cacicazgos muisca a la llegada de los conquistadores españoles. El caso del Zacazgo o 'Reino' de Tunja". Tesis de grado. Bogotá, Universidad de los Andes, Depto. de Antropología, 1985.
- LLERAS PÉREZ, ROBERTO. *Arqueología del alto valle de Tenza*. Bogotá, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales-Banco de la República, 1989.
- SERJE, MARGARITA. "Arquitectura y urbanismo en la cultura Tairona". *Boletín Museo del Oro*, 19 (Bogotá, 1987), pp. 83-96.